

La espuma de los días

Dos momentos “mágicos” con Pedro Miret

José de la Colina

No era frecuente que la realidad cotidiana fuese común y ordinaria cuando uno la compartía con Pedro Miret, quien gustaba de usar zapatos con gruesas y rebotadoras suelas de goma porque le hacían sentir que flotaba de un paso en otro, como si volase.

Los momentos compartidos con Pedro solían confirmar una frase del prólogo de Buñuel a la segunda edición de *Esta noche... vienen rojos y azules*: “Miret hace magia con la realidad misma y sin salirse de ella”, y lo confirmo al acabar de releer *Rompecabezas antiguo*, en cuya página pre-titular, bajo la dedicatoria a María y a mí, hay esta anotación: *21 oct., 81, noche de temblor, esc. de M. 7.2*.

Trataré de “documentar” esa línea. Aquella noche, cuando fuimos a cenar a casa de Pedro y Vicki, habitantes de la colonia Polanco, ocurrió un terremoto, se interrumpió el servicio eléctrico y el elevador se detuvo con la puerta abierta entre el piso inferior y el superior, el de los Miret. No podíamos arriesgarnos a salir de allí por el riesgo de que, si volvía la electricidad, el elevador, súbitamente puesto en marcha mientras estábamos a medio salir, nos quebraría el espinazo en el tramo entre los dos pisos. Mientras esperábamos el retorno de la electricidad, Pedro y Vicki estuvieron largo rato tendidos en el suelo frente a nosotros, al nivel de nuestras miradas, y charlábamos de cualquier cosa. Media hora después volvió la energía y, ya dentro del departamento, y tras la magnífica cena debida a Vicki, Pedro nos dedicó su libro recién publicado y añadió la anotación: *21 oct., 81, noche de temblor, esc. de M. 7.2* (y ahora no sé si la cifra después de la M se refiere a la escala de Mercalli o a la de Miret, pues ya digo:

Pedro solía percibir la realidad como lo haría un extraterrestre en absorta visita a la Tierra).

Aquel momento pudo ser un cuento miretiano... y, a propósito de tal posibilidad, viene otro recuerdo:

En una tarde de Madrid y de marzo de 1980, en un costado de la Plaza de la Cibeles, Pedro y yo, apoyados de espaldas contra la verja del Ministerio del Ejército, estuvimos no sé cuánto tiempo mirando silenciosamente hacia el Palacio de Correos, dejando solamente que el tiempo transcurriera y midiéndolo con el lento trepar de la sombra por aquella fachada roqueña. Mirábamos el deslizarse hacia arriba de una luz dorada que finalmente lamería la cima del edificio, tras lo cual la noche invadiría todo el lugar, y gozábamos de esa última lengüetada del Sol en una fachada como si el espesarse y el subir de la oscuridad hiciese visible el tiempo.

Súbitamente sentimos que había ocurrido un paréntesis de silencio sobre el rumor de la plaza, y se me ocurrió decirle a Pedro algo que, confieso, lo pensé “miretianamente”:

—Qué extraño.

—¿Qué extraño qué? —dijo.

—Qué extraño —dije—, que en este paréntesis de silencio no se haya oído el chirrido.

—¿El chirrido de qué?

—El chirrido de la Tierra.

—¿Cómo? ¿Cuál chirrido?

—El chirrido que debe de hacer nuestro planeta Tierra. Imagínate esta gran máquina como una inmensa bola gastada, oxidada, que al girar sobre su eje está rozando el espacio constantemente... y eso tendría que hacer un ruido enorme, un chirrido cósmico.



Pedro Miret

Pedro me siguió la ocurrencia:

—Claro, un chirrido insoportable como el del gis en el pizarrón, pero gigantesco... ¿Y por qué no lo oímos?

—No sé, tal vez porque lo hemos estado oyendo toda la vida. Es decir, que nos hemos acostumbrado a ese ruido por ser continuamente audible, y ya no lo escuchamos, ya no lo oímos.

Parpadeó como Buster Keaton en sus prodigiosos filmes silenciosos, y dijo:

—Eso lo debí haber dicho yo. Es más, “lo dije” y lo convertiré en un cuento. Me excuso desde ahora por robártelo.

Y yo:

—Róbatelo, Miret, escribe el cuento y dedícamelo.

No cumplió, no me lo robó, no me lo dedicó, me privó del gusto de leerlo en páginas suyas.

Yo también he quedado mal, pues, desde su muerte a los 56 en 1988, si me sucede el vivir algo a la vez común e insólito, me digo que el momento es para un cuento de Miret, y, puesto que él no lo escribirá ni siquiera mediante la tabla *ouija*, debo hacerlo yo en su nombre... pero, ¡ay!, tampoco he cumplido. **U**